

# ¿Existió un humor soviético?

El becerro de oro

ILF & PETROV

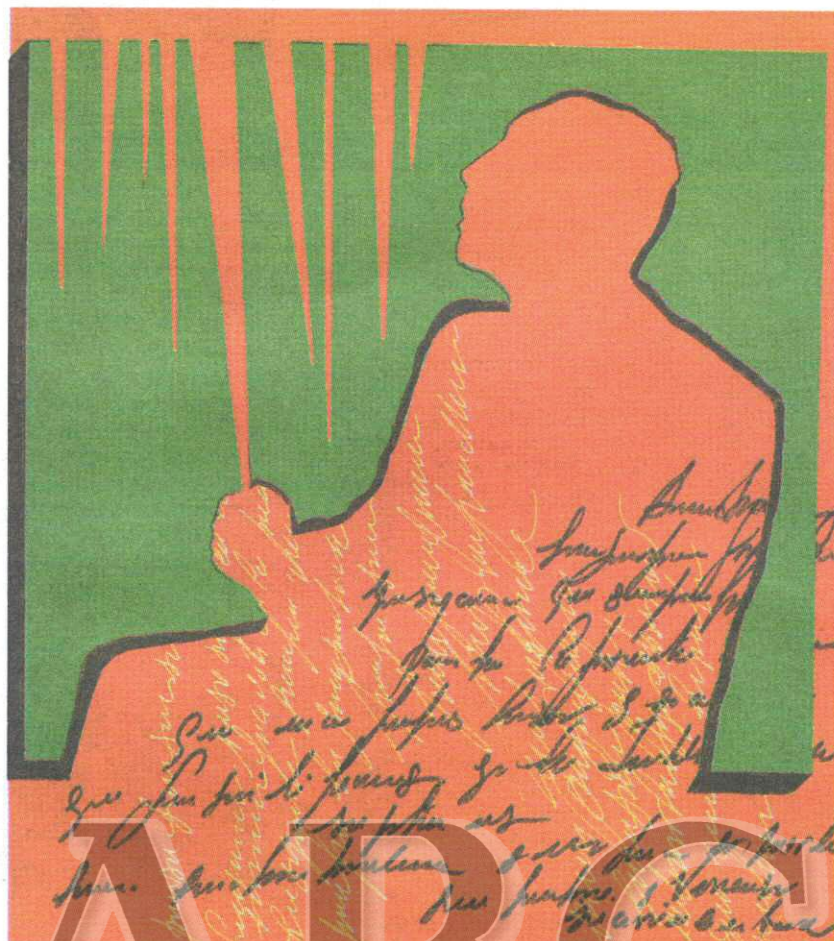
Traducción de Helena-Diana Moradell

El Acantilado, Barcelona, 2002

478 páginas, 22 euros

**T**ODO el mundo sabe dónde acabó la propiedad privada en la fenecida URSS, dónde los popes e íconos de las iglesias ortodoxas y donde la familia del Zar y desgraciados como Mandelstam y tantos otros, pero ¿en qué oscuro pasillo del aparato burocrático y criminal de la KGB se decretó la muerte del humor en la era de los soviets? Socialmente parasitario y sospechosamente burgués y contrarrevolucionario, el humor siempre estaría en el punto de mira de los nuevos y despóticos garantes del orden, como recuerdan en el prólogo a su novela *El becerro de oro* esos dos geniales periodistas rusos, Ilf & Petrov, que firmaron conjuntamente sus obras satíricas en las décadas de los años veinte y treinta del siglo pasado. Aparte de las preguntas acostumbradas de cómo se hace para escribir a medias («exactamente como los hermanos Goncourt: Edmond se pasea por las redacciones y Jules guarda el manuscrito para que no se lo roben los amigos»), los dos sufridos autores se tuvieron que enfrentar un día a un ceñudo y «severo ciudadano» que les preguntó ofendido: «Díganme, ¿por qué escriben ustedes sobre cosas agradables? ¿Qué burlas son éstas en un período de reconstrucción? ¡Reírse es un pecado! ¡Sí, no hay que reírse! ¡Y no hay que sonreír!» Tales frases, que auguraban el más sombrío de los paseos por el Averno —o sea, un envío directo al Gulag tan sólo por haber sonreído tontamente—, son respondidas por Ilf & Petrov con dos decisiones tajantes: una, escribir una novela «lo más divertida posible», y otra, rogarle al fiscal de la República que emprenda algún tipo de acción legal «contra la estupidez» de este tipo de ciudadanos.

Nacidos en Odessa, Ilf (seudónimo de Ilia Arnoldovich Fainzilberg, 1897-1937) y Petrov (Eugeni Petrovich Kataev, 1903-1942) se conocieron en Moscú en 1925, en la Redacción del periódico *Gudok* (*El silbido*), y formaron desde entonces una pareja literaria que gozó de una inmensa popularidad entre sus compatriotas, tanto que la gente se aprendía párrafos enteros de memoria y muchas de las frases de sus novelas quedaron acuñadas para siempre en el lenguaje común. Milagrosamente salvados de las continuas purgas y deportaciones, como le sucedió al acosado y marginado Bulgákov tras sus salvajes burlas contra el régimen, Ilf & Petrov se convirtieron, con sus crueles parodias de la corrupción y de la ridícula e inope-



A. Berrillo

rante burocratización de los aparatos del poder en la Unión Soviética, en los reyes del humor de su época, tanto como pudieron serlo Gómez de la Serna y Jardiel en España, Marcel Aymé en Francia o Achille Campanile en Italia.

El ruso blanco Nabokov, que era muy difícil de contentar literariamente hablando, y que odiaría en igual medida tanto a los comunistas como a la estupidez de los que se inventaban día a día leyes para acabar con la libertad individual, nunca escatimó elogios para defender y resaltar las virtudes de esta pareja «maravillosamente dotada». Si otros muchos sucumbieron a procesos y ejecuciones, Ilf & Petrov, como recordaba Nabokov, decidieron escapar a la censura de lo políticamente obligado de su tiempo, es decir, la construcción de la sociedad comunista, a través del realismo socialista más burdo y ramplón, precisamente gracias a determinados argumentos y ambientes marginales. Ilf & Petrov

**Con sus crueles parodias de la corrupción, Ilf & Petrov gozaron de una inmensa popularidad entre sus compatriotas**

decidieron que si el protagonista era un fuera del sistema, un bribón, nada de lo que escribieran sobre sus aventuras y fechorías podía ser criticado desde el punto de vista político. Así nació su héroe, Ostap Bénder, al que le dedicarían una pequeña y memorable saga satírica de dos novelas, *Las doce sillas*, de 1928 (que apareció no hace mucho en nuestro país), y su continuación, *El becerro de oro* (1931), que incluía la resurrección del pillo, tras haber decidido asesinarlo en la primera de las obras.

El cínico, amoral e ingenioso pícaro Ostap Bénder representaba los valores del orden antiguo (egoísmo, parasitismo e individualismo) y tenía muy poco futuro en la construcción de la nueva Unión Soviética. Junto a este directo y digno sucesor del estafador Chichikov creado por Gogol en *Las almas muertas*, el lector accedía a un auténtico hervidero de marginalidad en plena era de «la reconstrucción soviética». Es decir, presidiarios, holgazanes, caraduras, oportunistas, timadores, falsos locos, borrachos y «no afiliados a sindicatos» («la cerveza sólo se sirve a los afiliados a un sindicato», rezan los carteles). Junto a ellos, por supuesto, están los obtusos e inútiles burócratas, o los celosos funcionarios aplicadores de la letra pequeña de la revolución, sobre los que ambos autores despliegan una continua y desternillante artillería de sarcasmos masacrantes dirigidos a esos orgullosos guardianes de los principios revolucionarios. Héroe muy poco patriótico, la meta permanente

## Una pareja literaria

**A**parte de su saga consagrada al héroe antisoviético Ostap Bénder, los periodistas Ilf & Petrov crearían juntos un gran número de cuentos humorísticos y satíricos, obras dramáticas, cinematográficas e incluso viajarían por los Estados Unidos y le dedicarían un libro, entre admirativo, crítico e irónico, a aquella experiencia: *La América de un solo piso*. Allí conocerían a Henry Ford y Hemingway y escribirían párrafos como el siguiente: «El camino es uno de los fenómenos más notables de la vida americana. América está situada sobre una gran autopista. Cuando uno cierra los ojos y se esfuerza en resucitar en su memoria el país en el que pasó cuatro meses, en su imaginación aparece sin cesar el cruce de dos caminos con un puesto de venta de gasolina».

Ilya Ehrenburg dijo que el humor de Ilf, nacido en una familia de judíos pobres, era «más amargo», y que el de Petrov, hijo de un profesor de Odessa, era «más optimista y humano». Entre 1939 y 1956 sus obras dejarían de publicarse en la Unión Soviética por ser «ideológicamente perniciosas», y en concreto la actualmente aparecida, *El becerro de oro*, estuvo largo tiempo retenida por la censura y los oficiales comunistas, hasta que Gorki intervino personalmente en su favor y llegó a aparecer a duras penas en 1933. Ilf moriría de tuberculosis en 1937 y Petrov, por su parte, falleció en Crimea, en 1942, al estrellarse el avión que le transportaba desde el sitiado Sebastopol hasta Moscú, mientras trabajaba como corresponsal de guerra.— M. M.

de Ostap es huir de un país proletario donde se ensalza obsesivamente el trabajo como única religión. En *El becerro de oro*, Ostap decide desvalijar a un millonario para su viejo proyecto de huir a Río de Janeiro y pasearse todo el día «con unos pantalones blancos». El problema es que en la Unión Soviética los millonarios, en el caso de haber sobrevivido o acumulado lo suficiente ilegalmente, no se ven («¿En qué país vivimos! Aquí todo es secreto, todo es clandestino», se quejará el héroe). Además, ¿qué hacer con un millón, en el caso de por fin robarlo a un canalla como Koreiko, que ha traficado con víveres enviados para paliar la hambruna de la región del Volga? «Los antilopianos», la cuadrilla de bribones de los que Ostap se ha autodesignado comandante, recorrerá los más remotos territorios, desde la Rusia profunda hasta los desiertos del Asia central, en pos del tesoro.

Mercedes Monmany